

de familia, de discípulo, colegial, pupilo, sirviente, ayo, maestro, estudiante, y consagrándolas todas con la unción de su intachable conducta, dispuso que su santidad sonase en los labios de graves testigos con informaciones auténticas; y, lo que es más, que sin el estruendo de maravillas causase satisfacción en los pechos de hombres sin número, quedando cautivados todos, pasmados todos, enternecidos todos, convencidos todos de su heroicidad y excelencia, y deseosos todos de verla calificada por el infatigable juicio de la Iglesia santa. Van Stiphout, Emmerick, Timmermans, Froymont, Boels, Roone, y las muchas personas que hasta ahora le han tratado en Diest y en Malinas, depusieron unánimes sobre la perfección de su proceder, y en sus testimonios descienden á cosas, cuanto menudas y vulgares, asombrosas y llenas del espíritu de Dios.

Referirlas aquí por menor, ¿no es por ventura abrir camino á la grandeza? Callarlas, ¿no sería agraviar con el silencio la disposición de Dios, que quiso fuesen con clara y eterna voz pregonadas? ¿Qué le haremos á Dios, si su divina bondad trazó valerse de Juan Berchmans para anunciar al mundo prácticamente cuánto valor tiene de suyo la virtud y santidad cristiana? Pormenores son estos, dice á este propósito el P. Vanderspeeten, que pudieron bien omitir los biógrafos precedentes, quizá teniéndolos por indignos de la gravedad histórica; pero cuando los apoyan suficientemente autoridades tan respetables, ¿por qué deberemos pasarlos por alto, si pueden servir para sacar los perfiles y acabar de delinear la gran santidad de Juan, y abrir paso á la imitación de los venideros?



CAPÍTULO VI.

JUAN BERCHMANS ALUMNO DE LA COMPAÑÍA.



- I. Los Jesuitas de Malinas.—Fundación del Colegio.—Dificultades para trasladarse Juan del Seminario al Colegio.—Denuedo de nuestro estudiante.
- II. Entra en la clase de retórica.—Escoge confesor.—Testimonio del P. de Greeff sobre su vida de colegial.
- III. La virtud de Juan cautiva á los condiscípulos.—El mozo discípulo.—Victoria de Juan.

I

DESDE que los Padres de la Compañía habían abierto en Malinas casa de noviciado (1611) y hecho público el celo que los movía de formar la juventud, las autoridades y la nobleza acariciaban el pensamiento de fundar allí Colegio, donde pudiesen las familias recoger los frutos de una esmerada educación. A este fin habían ofrecido proposiciones al P. Scribani, provincial de la Compañía de Jesús en los Estados de Flandes, el cual no pudo sino rendirse á los generosos ofrecimientos, y dispuesta ya la fundación, á mediados de 1615 nombró por rector del nuevo Colegio al P. Antonio Sucquet, y por catedráticos

á los Padres Antonio de Greeff y Pascasio Vander-Straeten, aquél de griego, y éste de latinidad.

Abiertas las puertas del Colegio y franqueadas las avenidas del saber, corrió desalada la juventud de la ciudad, pueblos y lugares comarcanos, atraída de la gloria que prohijaban á los Jesuítas, de ser maestros en el arte de imprimir en los jóvenes amor á la religión y buenas costumbres, y de imponerlos perfectamente en las letras humanas, en toda ciencia y erudición. Sentía Berchmans apretadísimos deseos de oír, como otros muchos, las elecciones de los Padres. Era forzoso lidiar con los obstáculos que tenía delante.

Todos los que se le vendían por bienhechores, tiraban á desbaratar su pretensión, ora porque les hiciesen efecto algunos siniestros rumores que andaban en lenguas contra los de la Compañía, ora porque los atormentasen con recelo las resultas que de aquel paso se podían prometer. Con especialidad al rector y maestro del Seminario se les hacía muy recia aquella mudanza, y se alteraban con el amago de verse un día privados por siempre de aquel alumno ¹. El señor Arzobispo, con ser grande amigo de la Compañía, miraba más por su propia casa, y temía la pérdida definitiva de la flor de sus esperanzas el día en que Juan se pasase al Colegio de los Padres. También el canónigo Froymont notaba de prematura la resolución del mancebo, juzgando que iba descaminado en querer á sabiendas perder la gracia de los que algún día pudieran facilitarle la entrada y estudios en el Seminario mayor; cuanto más que parecía cosa clara no ser aquella la voluntad de sus padres y en ha-

¹ *Ex palaestra archiepiscopali ad nostram transiit, non sine sensu ludimagistri sui et rectoris: unde chaos nimium utriusque post firmatum est.* (Proc. rom., pág. 363.)

cer la suya propia torcía á otra parte la de Dios y cumplía mal con la ley del agradecimiento que aparentaba querer atropellar á todo trance. El propio interés dictaba cargos y razones á los que bien le querían.

En el camino de la vida ha puesto la mano de Dios á cada uno de los mortales un paso de difícil salida, que por andar anejo á su porvenir, pide tanto mayor esfuerzo cuanto más sembrado esté de dificultades. Este que se le ofreció aquí á nuestro héroe, es uno de los más providenciales de su vida y de más terribles consecuencias. Como en palenque guerreaban en su corazón porfiadamente dos afectos, la afición á los Padres de la Compañía, y la obligación al amor de maestros y favorecedores. En este conflicto, como en otros muchos aprietos, á Dios sólo miraba con sencillez de paloma; poca fuerza le hacían razones humanas cuando el Señor se la ponía en el corazón asegurando su espíritu con la luz que le comunicaba. Sin perder la prudencia de la serpiente, tuvo en poco los desastres de que le creían amenazado; defendió con libertad que el peso de su inclinación á irse con los Padres era prueba de venirle de Dios, y después de dar y reiterar, cual cumplía, al canónigo y demás amigos, muestras de gratitud y cariño, cerrados los oídos á los riesgos y daños que se le acumulaban delante, sólo aguardó respuesta de las voces que de lo íntimo de su alma enviaba sin cesar al trono de aquel Señor, que lo es de todos los corazones.

Y como sea cierto que la oración tiene la llave del cielo, pudo al fin más con él la de Berchmans que toda aquella batería junta. El remate de todo fué, que según las secretas firmas de la amorosa providencia, pasó adelante la voluntad del Señor,

el Arzobispo quedó siempre afecto á los Padres de la Compañía; el canónigo, si anduvo al principio rostrituerto con ellos, cuando los hubo tratado de cerca les franqueó su amistad; pero entibiáronse las buenas relaciones que existían entre los Padres y los señores del Seminario menor. Más adelante, como de beneficio incomparable, no se hablaba nuestro Santo de dar gracias á Dios y de maravillarse cómo había sido ordenada esta prueba para tanta dicha suya ¹.

Fué, pues, admitido á las escuelas del Colegio de la Compañía en clase de externo, teniendo diez y seis años cumplidos. Los pretendientes, para ser matriculados, debían primero sujetarse á la formalidad de un examen. Respondió nuestro humanista lucidamente en las materias que había cursado hasta aquí, y salió aprobado para la clase de retórica. Con cuánta justicia mereciese esta calificación, lo evidenció el haber alcanzado, al cabo de un mes de acudir á las aulas del Colegio, primeras notas en todos los desafíos. Entre las varias declaraciones hechas por sus condiscípulos, muerto ya el Santo, no es para dejada en silencio la de Otto Esquens, que dice así: *Este año, la clase de retórica se componía de muchos jóvenes de ingenio sobresaliente; pero el de Juan Berchmans descollaba entre todos. Casi siempre ganó el primer premio, después de conquistar el primer puesto* ².

¹ *In eo mirabatur providentiam divinam quod omnibus quibus adstringebatur obnitentibus, etiam fortassis ipso Archiepiscopo, qui de ipso, ut in scholis suis degente, plurimum sperabat, ad scholas Societatis translatus sit.* (P. Bauters., Proc. rom., pág. 363.)

² *Tametsi essent plurima ingenia praestantia in rethorica, dictus Joannes Berchmans plerumque primus fuit et primum praemium tulit.* (Proc. rom., pág. 194.)

II

Lo primero que hizo en pasando á frecuentar los estudios de la Compañía, fué buscarse un Padre que tomase á su cargo el gobierno de su alma, y le halló en su mismo catedrático de griego, el P. Antonio de Greeff. Trasladaremos aquí parte de la preciosa carta que este varón espiritual escribió al P. Teodoro Buseo, asistente de Alemania, á 12 de Abril de 1630, bastante por sí misma para formar el elogio más cabal de nuestro retórico. Dice así la carta:

En Agosto de 1615, luego de concluir en Amberes los estudios, recibí del Rdo. P. Provincial Carlos Scribani orden de pasar á Malinas con el P. Antonio Sucquet. Entonces fué cuando Juan Berchmans, del Seminario menor del Arzobispo se pasó á nuestro Colegio, no sin desabrimiento de su maestro y del rector del Seminario, que por esta causa se mostraron frios con nosotros por algún tiempo.

Sea que algún alumno adrede metiese ruido y travesase en el aula, sea que otro se portase con menos discreción y miramiento, siempre el mansísimo joven permanecía de un temple, siempre modesto, atento, recogido, laborioso. En aquella despejada frente, en aquel semblante sereno rayaba sin sombra de turbación la risueña y dulcísima paz: parecía un ángel en carne mortal. Yo le servía á un tiempo de maestro en los estudios y de director de su alma. Venía muy

á menudo á verme, movido del deseo de cumplir entera y perfectamente su obligación, y tantas preguntas me hacía y tantas dudas me proponía sobre práctica de cosillas, que no quedaba satisfecho hasta entender mi dictamen. ¡Cuántas veces derretían sus palabras el hielo de mi alma, y encendían en mi pecho centellas de caridad! Y lo que más confusión me causa es, como me lo dicen los ojos en la vida que del santo joven anda ya impresa, entender con qué humildad, exactitud y fervor de espíritu hacia las devociones y prácticas que yo le aconsejaba...

Cuando los penitentes son muchos, suelen aquí en Bélgica los niños, en vez de arrimarse á la rejilla, confesarse por delante, puestos de rodillas á los pies del confesor. A esta usanza se acomodaba también mi discípulo: y ¡qué fragancia de castidad sentía mi alma, cuando la frente del angelical mancebo venía por acaso á dar en mi mano, en que tenía apoyada la cabeza! Hasta aquí el P. de Greeff.

Ya que hemos tocado esta virtud, que ennobleció en sumo grado el alma de nuestro Juan, parémonos á considerar la notoriedad y fama que por este tiempo había logrado. Crecía con los años en el amor de la pureza, y la sacaba más esplendorosa al paso que eran mayores los peligros. Una gracia particular habíale el Señor concedido, la de imprimir afición á la castidad en cuantos le trataban. Junto con aquella condición apacible que le ganaba el agrado de todos, veíase en él una madurez que infundía veneración; siempre festivo, pero modesto; gracioso, pero circunspecto; lleno de mil donaires, sin rastro de liviandad: raro y grandioso privilegio, verificado en todo el discurso de su vida. Rayos de limpieza despedían sus

virginales ojos, y encendían afectos castos en el corazón¹. ¿Quién hubiera osado proferir en su presencia una palabra menos decente? ¿Qué entretenimiento poco honesto no quedaba interrumpido en asomando él? Vez hubo que habiendo unos mozelos dejado deslizar la conversación por materias algo libres, á las primeras palabras viéronle cubierto el rostro de aquella encendida grana que dibuja con el carmin de la vergüenza la virtud angelical, y por más que se reportasen, no fué posible detenerle, porque de los mozos livianos ni la sombra podía sufrir².

Solían ir en verano los estudiantes á bañarse en el río; jamás se pudo recabar del honestísimo Berchmans que fuese en su compañía. En tales casos, los alumnos, lejos de tildar de melindroso aquel recato, se edificaban de su pureza, porque se les alcanzaba muy bien cuán extremada la tenía, y se contentaba cada uno con decir para sí, y aun repetir públicamente: Berchmans es demasiado santo para estos entretenimientos. ¡Tan cierto es que á la virtud sólida sigue, como al cuerpo la sombra, la honra y estimación!

En el colegio de la Compañía mejoró el renombre que en las representaciones dramáticas había granjeado cuando estudiaba en el convictorio de Pedro Emmerick, pero aquí convertía las tablas en púlpito, y el papel en sermón de moralidad. Aun por motivos de celo se le iba el alma tras estos ejercicios, que le daban ocasión de encarecer la angé-

¹ *Ita blandus ut tamen hac in re severissimus; ita gratosus ut puritatis amorem omnibus insinualet. Censuerunt plurimi ab oculis, quos raro in quempiam figebat, veluti radios quosdam emanarent quibus castimoniae ardorem in animis aliorum accenderent.* (Proc. rom., pág. 352.)

² Proc. rom., pág. 352.

lica virtud y de promover su deseo. Así sucedió un día que, nombrado por la segunda vez para el desempeño de un personaje que hacía solemnemente en el escenario voto de perpetua castidad, le aceptó el casto mozo con mil ternuras, gastando en aprenderle todas las horas que pudo. Sabía ya de memoria cuatrocientos versos, cuando, temiéndose no se resintiera de la fatiga su pecho debilitado, le quitaron el papel. A Berchmans púsosele el rostro, dice el P. Bauters, encendido como una amapola, y sin más respuesta, con aquel sonroseo dió á entender á los que le conocían, que la causa de su sentimiento era perder aquella ocasión de hacer público su amor á la virginidad.

III

CON menos fuerza atrae el imán al hierro que la virtud de nuestro retórico arrebatava y llevaba tras sí la admiración de los estudiantes. Era pobre, bien es verdad, y sin más lustre que el que da de suyo la honradez de los mayores; pero jamás se abatió á mendigar á vueltas de rastroseros servicios ó de viles cumplimientos, la gracia de sus iguales, y sin embargo, á todos interesaba la cordialidad de su trato, en todos hallaba voluntad sin afectación, estimación sin lisonja. Mediase á las condiciones de todos, con cada uno tenía diferentes y admirables maneras; los nobles que frecuentaban las aulas, lejos de asquear la hu-

mildad de su vestido, contaban entre sus glorias la parte que les concedía en su estima y afición, como consta en los Procesos.

A fin de probar la virtud de su siervo con la piedra de toque de la persecución, permitió Dios que la envidia aquí, como antes en Diest, le hiciese guerra por medio de un mozo de su misma edad¹. Demasiadamente ruín para tener amor á Berchmans, quizá aconsejado de su mala pasión, alimentaba en su pecho contra el humilde estudiante un aborrecimiento que rayaba en frenesí cuando oía celebrar sus prendas, publicar sus triunfos ó significar el aprecio y amor que su virtud merecía. Era echar aceite en el fuego cada vez que se hacía honrosa mención de Berchmans. ¿Cómo había de imaginar este generoso pecho, que en alma cristiana pudieran haber tan rateros sentimientos? Y habría con efecto ignorado el rencor que fomentaba contra él su falso condiscípulo, á no haber roto la valla por dársele á conocer. Porque muy mal cuadraba con su astucia mostrarse corajoso delante de sus compañeros, sabía el taimado con la boca llena de hiel afectar agrado y urbanidad, por tan fingido modo que cualquiera echara, no á mala voluntad, sino á carácter maleante y socarrón aquella su costumbre de contradecir todas las proposiciones y pareceres de Berchmans, de deprimir su virtud con chistes, de subir al cielo las cualidades de sus émulos, de no dejar caer en

¹ *Quod refertur de patientia Joannis respectu contumeliosi cujusdam discipuli ejusdem est temporis scholarum mechliniensium; constat enim nobis de persona. Nescimus an idipsum etiam contigerit Diestemii, de quo constat tantummodo ex suis inibi quondam magistris eum valde pacificum et patientem fuisse.* (Observaciones de un Padre flamenco sobre la vida del P. Cepari, que se guardan en Roma.)

tierra la menor ocasión de herirle las entrañas con algún desabrimiento. Pero en logrando verse á solas con él, la soledad haciale más insolente; aquí daba suelta á la cólera represada, regañaba los dientes, clavados los ojos en su víctima, vomitaba contra el mansísimo cordero el veneno de su saña, terminando las contumelias de mofas y vituperios con las afrentas de golpes y bofetones.

Berchmans, que con abrir los labios hubiera visto mil lenguas en movimiento y armados mil pechos para poner en razón la insolencia del perseguidor, callaba y sufría. No se pagaba de ser querido; pero lo que le rasgaba el corazón de pena era ver puesto en tales términos á un joven contra quien no abrigaba la más leve sombra de aversión. Más aún que su propia desgracia, el extravío del malaventurado le atormentaba y enternecía, y le hacía prorrumper en gemidos y sollozos delante de Dios, ejecutando imposibilidades á trueque de reducirle. Si afable con todos, con él tierno y cariñoso; si con todos servicial, con él agasajador. Al fin, poniéndose Dios de por medio, aquel corazón de hiena, en quien el infierno parecía haber soplado las llamas de su furor, vencido de tantas finezas se ablandó, templó y refrenó la fiereza, confesó su ceguedad, se estrechó amigablemente con Berchmans, y más adelante se preciaba de haber sido el más dichoso trofeo de su invicta mansedumbre.

Tal era la afición con que buenos y malos se le inclinaban. Hallábanse todos muy bien con el ejercicio de aquel prodigioso ascendiente que había tomado sobre las voluntades. Esta superioridad no se explica bien por el cúmulo de dones naturales que le adornaban, si no levantamos la consideración á la fuerza secreta que ejerce la virtud cuan-

do es heroica, para avasallar los ánimos con el imán de su poderoso atractivo.

Y si tan relevante y arraigada es ya la de Berchmans en una edad tan temprana, ¿qué será cuando bajo los auspicios de la Reina de las virtudes eche profundas raíces?

